

## El Mimo

**Edmundo Paz Soldán**

El mimo de la plaza Abaroa ha ido, con el tiempo, perfeccionando su arte. Cuando comenzó a hacer sus figuras en torno a la fuente desprovista de agua al centro, solía utilizar un gesto para cada palabra o, a lo sumo, frase. Las contorsiones de sus piernas y sus manos, la multitud de expresiones que extraía de sus ojos y sus labios, servían para contar en detalle largas historias: un relato podía durar toda una tarde. Los transeúntes se detenían, disfrutaban de un fragmento de la historia, y reanudaban al rato la marcha, para desconsuelo del mimo, dejando unos pesos en el sombrero de copa que yacía en el suelo, sobre un saco negro.

El mimo quería que los espectadores no se fueran con el relato a medias. Y poco a poco fue aprendiendo a condensar largas parrafadas en sus gestos, a tornarlos cada vez más abstractos. Ahora, con un leve movimiento de su párpado derecho, es capaz de contar la historia de Shang Li, que fue abandonada por sus padres a la puerta de un templo en las afueras de Shangai, pero que, gracias a los cuidados de los monjes, creció hasta convertirse en una joven hermosa y muy inteligente, lo cual llevó a la perdición a uno de los monjes, pues éste se enamoró y prefirió quemar el templo a confesárselo -respetaba mucho su juramento religioso-, hecho que produjo un gran sentimiento de culpa en Shang Li, quien, en penitencia, decidió cortarse la lengua; o quizás sospechaba que ése sería su castigo y era mejor anticiparse a él.

Los transeúntes aplauden, discuten por un momento, de manera acalorada, los equívocos significados del leve movimiento del párpado derecho, y luego terminan coincidiendo en algo: quizás si la historia pudiera contarse de manera aún más condensada, podrían disfrutar mucho más de ella.

El mimo mueve la cabeza de izquierda a derecha -gesto inequívoco, éste sí, de desconsuelo y resignación-, e inmediatamente se pone manos a la obra.